

JOANA MARCÚS



CIUDADES DE CENIZAS

TRILOGÍA FUEGO

wattpad **autora**

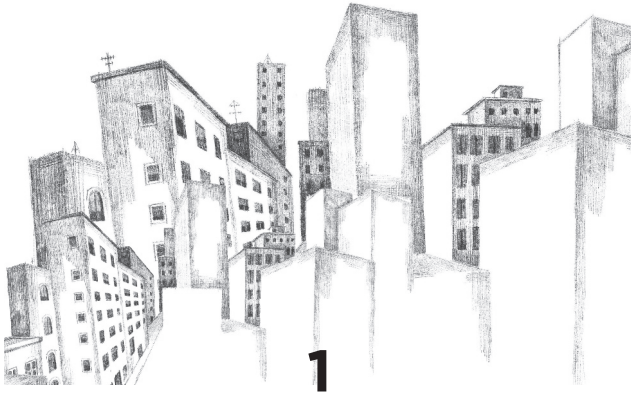
CROSS
BOOKS

JOANA MARCÚS

TRILOGÍA
FUEGO

CIUDADES DE CENIZAS





LA CHICA QUE YA NO SABÍA QUIÉN ERA

Unas horas atrás, solo era una chica asustada por el ataque a su ciudad.

Unos días atrás, solo era una alumna cuya mayor preocupación era cruzar un circuito con cuerdas.

Unos meses atrás, solo era una recién llegada en la que nadie parecía confiar del todo.

Unos años atrás, solo era una androide sin nombre.

Y, en ese momento... Alice ya no estaba segura de quién era. Lo único que tenía claro era lo aterrada que estaba.

Tras desvelar su número y su identidad, los guardias la habían encerrado en la sala de actos. La habían esposado y sentado a la mesa de los guardianes. Alice había pensado que avisarían a Deane y en cuestión de minutos ya la estarían juzgando, pero eso no sucedió. De hecho, los minutos se convirtieron en horas, y estas empezaron a volverse insoporables.

En su cabeza, solo para entretenerse, ideó unos cuantos planes de fuga. El primero era encontrar una palanca con la que poder abrir cualquiera de las ventanas. También había

sopesado esperar tras la puerta principal y, en cuanto apareciera un guardia, lanzarse sobre él y robarle el arma. Otra opción era buscar una posible salida trasera, quizá por la zona donde solían reunirse los guardianes antes de los juicios.

El problema era que, para llevar a fruición todos esos planes, necesitaba librarse de las esposas. Y no encontraba la manera de hacerlo.

Casi pudo visualizar a Rhett y a Tina hablando con Deane, tratando de convencerla de que no le hiciera daño. Quizá Tom y Shana estarían al lado de esta, recalcando lo peligrosa que era Alice, incluso Kenneth parecía una buena opción para ocupar ese puesto. Al otro lado de la ciudad, Trisha se sentiría traicionada por no haber descubierto la condición de Alice hasta ese momento. Al menos Jake se habría puesto a salvo y se habría deshecho del cuchillo con el que había intentado herir a sus atacantes para ganar tiempo.

Volvió la cabeza al detectar movimiento al otro lado de las ventanas. Uno de los alumnos de Deane vigilaba el edificio, tranquilo, dando vueltas alrededor de este. Alice ya había presenciado tres relevos y, teniendo en cuenta que los turnos solían ser de dos horas, suponía que habrían pasado unas seis desde que la habían encerrado. No era un gran consuelo.

Ya se le habían cerrado los ojos tres veces cuando apoyó la mejilla en la mesa de madera. No quería quedarse dormida, la idea de que alguien entrara sin ser ella consciente hacía que su cuerpo se tensara de terror. Respiró hondo, acomodando la cabeza sobre la dura superficie, y volvió a bajar los párpados sin darse cuenta.

—Deberías mantener los ojos abiertos, Alice.

Los abrió lentamente, confusa, y le pareció ver a alguien sentado junto a ella. Esa persona apoyó los codos en la mesa,

y la bata blanca e inmaculada que llevaba contrastaba con el aspecto pardo y descuidado de la estancia. Alice alzó la mirada, resiguió su cuello hasta llegar al pelo castaño echado hacia atrás con gracia, la barba corta del mismo color y un par de ojos cálidos clavados en ella.

—¿Padre? —preguntó con voz arrastrada, fatigada—. ¿Qué hace aquí?

—Creo que lo que deberíamos preguntarnos es qué haces tú aquí, Alice. Te dije que te mantuvieras alejada de los rebeldes.

—Me dijo que me dirigiese al este y eso he hecho —se justificó ella con un hilo de voz—. Más allá no hay nada, padre. Solo agua.

Él no ofreció ninguna explicación. De hecho, ni siquiera mostró arrepentimiento. Se limitó a negar lentamente con la cabeza.

—No deberías estar aquí. Ahora que conocen tu secreto, te encuentras en peligro.

—No puedo escapar. ¿Es que no lo ve? Me han esposado.

—Unas esposas no deberían ser un enemigo invencible.

—Y ¿qué hará? ¿Salvarme usted?

Su padre se limitó a sonreír.

—Rhett me ayudará, al igual que Tina. —Alice no supo si estaba tratando de convencerse a sí misma o a su padre, pero continuó hablando—. Son mi nueva familia.

—¿Ah, sí? —dijo el hombre con voz dolida—. Pensé que yo era tu familia.

Alice fue incapaz de responder. No sabía en qué momento había dejado de incluir a su padre en su concepto de familia, pero acababa de darse cuenta de ello.

—¿Por eso permitiste que me ejecutaran? —siguió él en voz baja. Su expresión se había vuelto desolada—. ¿Necesitabas encontrar una nueva familia?

—No..., yo no...

—¿Es que no te hacía feliz?

—¡No, padre, no es...!

De pronto, un golpe seco hizo que Alice se incorporara de un brinco. Miró a su alrededor, alarmada, en busca del origen del sonido. Sin embargo, lo primero que vio fue que su padre no estaba con ella en la sala. Se había quedado dormida sobre la mesa. Con la respiración agitada, continuó con su búsqueda hasta dar con el guardia que acababa de entrar. Transportaba una pequeña cantimplora en la mano que se balanceaba al compás de los pasos de este. La dejó en la mesa, delante de Alice.

—Bébetela despacio —le recomendó sin apenas mirarla—. Dudo que vayan a traerte otra.

Alice aguardó a que el guardia la dejara sola, entonces se abalanzó sobre la cantimplora y dio unos ávidos tragos. Aunque estaba sedienta, se obligó a parar. Si lo que había comentado el guardia era cierto, debía moderarse. Aun así, consumió casi un cuarto del contenido.

Apenas un rato más tarde, el cansancio pudo con ella y, finalmente, cedió al sueño con la mano sujeta a la cantimplora.

* * *

—La odio... ¡la odio muchísimo!

Gabe le dedicó una mirada de reojo, pero no comentó nada.

—Se cree que puede darme órdenes —siguió ella, paseando por la habitación—. ¿Qué pasa? ¿Que soy su esclava? ¿Tengo que hacer todo lo que me pida?

—No es tan mala —murmuró el chico.

—¡Me obliga a volver a casa cuando ella quiere! Si confiara un poquito en mí, me dejaría regresar cuando me diera la gana.

Como siempre que Alicia soltaba frases como aquella, Gabe empezó a liarse un cigarrillo y a fingir que no la escuchaba.

—Que viva en su casa y sea su hija no le da derecho a controlar mi vida —seguía ella, también como de costumbre—. Simplemente... ¡no me soporta! No sé por qué no lo admite de una vez. No me aguanta. Punto.

Se detuvo durante unos segundos para mirar por la ventana de la habitación de Gabe. Estaba lloviendo de nuevo, cosa que la puso de peor humor todavía; su madre le había escondido las llaves de la moto para que no saliera de casa y ahora tendría que volver andando bajo la lluvia.

—Si alguna vez tengo hijos, no seré como ella —añadió de mala gana—. Los querré mucho y dejaré que hagan lo que les apetezca, que sean quienes decidan ser. No seré... tan mala madre. Y no haré que mis hijos sientan lo que ella me hace sentir a mí, porque...

—Al, creo que deberías irte a casa.

La muchacha, que había planeado un monólogo bastante más largo que ese, se volvió hacia él con una ceja enarcada.

—¿Y eso a qué viene ahora?

—A que solo has venido a quejarte de tu madre, como de costumbre. ¿Te das cuenta de lo agotadora que puedes llegar a ser?

Alicia habría esperado esas palabras de cualquier persona menos de Gabe. Se quedó mirándolo con expresión perpleja y sin saber qué decir. La había pillado con la guardia baja.

Él, por su parte, soltó el cigarrillo a medio terminar sobre la mesita y se puso de pie.

—Estoy hablando en serio, deberías marcharte.

—Pero...

—Pero ¿qué? ¿Que no te estoy escuchando? ¿Cuándo fue la última vez que tú me escuchaste a mí, Al? Porque yo ni siquiera la recuerdo.

Con un suspiro, se detuvo delante de la puerta de su habitación y la abrió para ella, que seguía clavada en su lugar.

—¡Está lloviendo! —protestó.

—Me da igual.

—¿Es que no puedes comportarte como un buen novio por una vez en tu vida...?

—¡Ya basta, Al! —De repente, Gabe pareció decidir que no estaba dispuesto a aguantar más aquella actitud. Soltó la maneta de la puerta y se acercó a Alicia, enfadado—. ¿No ves que lo único que sabes hacer es culpar a los demás de tus problemas? Si sucede algo en tu casa, es culpa de tu madre. Si pasa algo en el instituto, es culpa de Charlotte. Si ocurre algo en nuestra relación, es culpa mía. ¡Y así con todo!

—¡No es culpa mía que...!

—¡Sí, sí que hay cosas que son culpa tuya! ¿Por qué es tan difícil asumirlo? Deja de echar balones fuera intentando cargar a los demás con la responsabilidad de tu desastre de vida, porque, aunque te resulte imposible creerlo, tú eres la principal culpable.

En esa ocasión no se detuvo para esperarla, sino que abrió la puerta de su cuarto e hizo un gesto impaciente, que Alicia obedeció sin darse cuenta. Ya en el pasillo, intentó darse la vuelta para añadir algo más, pero Gabe le cerró la puerta y le negó la oportunidad.

* * *

Alice abrió los ojos lentamente. Alguien acababa de entrar en el edificio. ¿Sería el mismo guardia? No tardó en percatarse de que no era él. Había tres personas acercándose entre los asientos del público. Y quien lideraba el grupo hizo que Alice soltara un suspiro de alivio.

—Rhett —murmuró mientras se erguía. Por fin una buena noticia.

Cuando estuvo junto a ella, Alice tiró de las esposas para recordarle que seguía inmovilizada. No obstante, él, por su expresión seria, parecía ser muy consciente de ello. Observó

sus muñecas atadas, pero no dijo nada. Alice terminó perdiendo la paciencia.

—¿Qué habéis decidido? ¿Cuándo será el juicio?

Rhett no respondió. De hecho, se limitó a sacar una pequeña llave del bolsillo y abrir las esposas. Alice se acarició las muñecas doloridas y aceptó su ayuda para ponerse de pie. Poder estirar por fin las piernas fue muy satisfactorio.

Mientras Alice seguía masajeándose la piel enrojecida, Rhett aceptó un pequeño objeto que le tendió uno de los guardias. Sin decir una palabra, lo levantó y ella pudo ver que era una jeringuilla llena de un extraño líquido azul. Sacó unas gotitas, le dio un golpecito con un dedo y acto seguido se volvió de nuevo hacia Alice.

Ella retrocedió, dubitativa.

—¿Qué es eso?

—No te muevas —le advirtió.

—No. Dime qué es.

Rhett analizó la situación antes de hacer un gesto a los guardias, que se acercaron rápidamente a Alice. Ella apenas pudo reaccionar antes de que la sujetaran. Trató de forcejear, sorprendida, pero entonces sintió el pinchazo en el cuello. Al poco, una rara sensación de mareo hizo que sus rodillas se doblaran y que apoyara, sin querer, la mayor parte de su cuerpo en los dos guardias. Lo último que vio antes de cerrar los ojos fue a Rhett dejando la jeringuilla vacía sobre la mesa.

* * *

Con el rostro medio oculto tras la puerta de la taquilla, Alicia observó a Gabe desde la distancia. Hablaba con un reducido grupo de amigos con el que solía juntarse esos días. Parecía estar pasándose bien. Se preguntó si los preferiría a ella. Una agria sensación

se instaló en su estómago al comprender que lo más probable era que sí.

Sin poder aguantar ni un segundo más, cerró la taquilla con fuerza y se acercó a pasos agigantados al grupo. Estaban despidiéndose. Alicia fue directa hacia Gabe, que pareció percibirla incluso antes de que estuviera cerca de él. Por la expresión que puso, dejó bastante claro que no se alegraba de verla.

—No empieces —le advirtió en voz baja.

—Hola a ti también, ¿eh? ¿O ahora ni siquiera nos saludamos? El chico echó una ojeada a su alrededor, tenso. Ella había subido la voz y sus compañeros los observaban con curiosidad.

—No es el momento, ni tampoco el lugar —dijo finalmente—. Ya nos veremos, Al.

Pero ella no estaba dispuesta a dejarlo marchar tan deprisa. Lo retuvo por el codo, obligándolo a mirarla. Gabe empezó a perder la paciencia.

—No puedes dejar de hablarme como si nada —espetó ella enfadada—. ¡Soy tu novia!

—Al, déjame tranquilo, en serio. Esto ya no...

—¿Cómo te sentirías si fuera al revés? ¿No te jodería?

—¿Que me ignoraras? Si te soy sincero, lo agradecería bastante.

Alicia perdió un poco de valentía cuando escuchó las risitas de sus compañeros. Especialmente porque sabía que una de ellas pertenecería a Charlotte, la chica que le había hecho la vida imposible desde que tenía memoria. Prefirió no volverse y centrarse únicamente en Gabe.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó, tratando de sonar más conciliadora.

—No, Alicia. No nos queda nada más que decir.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Ni siquiera me has dejado explicar nada!

—¿Para qué? ¿Para que vuelvas a hacerte la víctima y a echar-

me la culpa a mí de todos y cada uno de nuestros problemas? —Gabe se soltó de su agarre, provocando más risitas. A esas alturas, él no parecía estar escuchándolas—. ¿Cómo tengo que decirte que me dejes en paz para que entiendas que no quiero saber nada más de ti?

Alicia dio un paso atrás, perpleja, cuando Gabe la esquivó para escabullirse. Se abrió paso entre los compañeros que se habían detenido a escucharlos, pero ella solo pudo mantener la mirada clavada en el suelo.

* * *

—¿Cuánto nos darán por ella?

Alice quiso abrir los ojos, asustada, pero una venda se lo impidió. Tras el primer momento de pánico, se dio cuenta de que también tenía una mordaza y las manos inmovilizadas por delante de su cuerpo. Intentó tocar las ataduras con los dedos y se percató de que volvían a ser las esposas que habían usado en la sala de actos. Probó suerte con las piernas y, menos mal, comprobó que estaban libres.

Una parte de ella quiso ponerse a gritar a pesar de llevar la mordaza, presa del terror. Pero no era momento de entrar en pánico. Primero tenía que descubrir dónde estaba. Respiró hondo, tratando de calmarse, y, dado que no podía ver, se centró en el resto de los sentidos.

Por el ruido y las sacudidas, dedujo que estaba en un coche. Muy cuidadosamente, movió uno de los pies hacia delante para descubrir si estaba en la parte trasera o delantera del vehículo. Al chocar con el freno de mano, supo que estaba en el asiento central trasero. Eso explicaría el hecho de tener una persona a cada lado de su cuerpo. Probablemente eran guardias, custodiándola.

—¿Y bien? —insistió la voz que la había despertado. Su

dueño estaba sentado a su izquierda—. ¿Cuánto nos darán por ella?

—No lo sé. —Ese era Rhett. Estaba sentado a su derecha. Sonaba mucho más distante que de costumbre.

—¿Cómo no vas a saberlo? ¿Nunca has vendido androides?

—Pues no, no es mi pasatiempo favorito.

—A mí me parece un plan perfecto, es para lo único que valen.

Entonces, Alice por fin reconoció al dueño de aquella voz. Era Kenneth. Sin darse cuenta, su cuerpo se movió hacia la derecha para intentar alejarse de él y acercarse a Rhett. Pero este último la empujó de vuelta a su lugar casi al instante.

No entendía nada. ¿Por qué estaban Rhett y Kenneth en el mismo coche? ¿Qué le habían inyectado en el cuello? La había dejado inconsciente, pero en su zona habían repetido decenas de veces que no existía ningún tipo de sedante que funcionara en androides.

—¿Y por qué no la llevamos a Ciudad Capital nosotros mismos? —insistió Kenneth—. Sería más fácil. Así no tendríamos que depender de que los demás cumplan su parte.

—Porque no. —En esa ocasión, Alice reconoció la voz de Deane al instante. Probablemente fuera quien conducía—. Deja de cuestionar mis órdenes y céntrate.

La mordaza le dificultaba mucho respirar, y el calor que hacía en el coche lo empeoraba todavía más. Alice trataba de inspirar por la nariz, pero sentía que no era capaz de hacer funcionar sus pulmones. Además, una desagradable presión se había instalado en su pecho y le impedía pensar con claridad. Intentó hablar, pedir ayuda, pero resultó inútil. Nadie pareció percatarse de su angustia.

El coche se detuvo lentamente y las puertas empezaron a abrirse.

—Ya hemos llegado —escuchó que decía Rhett.

Volvió la cabeza en su dirección. Según lo que había percibido, se habían quedado solos. Si había un momento en el que pudiera confesarle que estaba de su lado, o al menos tocarla para darle una señal de que seguía apoyándola, era aquel. Alice trató de acercarse en busca de esa pequeña demostración de confianza, pero lo único que consiguió fue que la agarrara del brazo y la hiciera salir del vehículo.

Y, entonces, la posibilidad que había estado descartando hasta ese momento, la de que Rhett estuviera abandonándola de verdad, empezó a ganar peso. Intentó convencerse a sí misma de que era imposible, de que él jamás le haría daño, de que no era como los demás... Pero ¿no la ayudaría en caso de que estuviera de su parte? ¿No intentaría hacerle saber que podía contar con él para que no tuviera miedo?

Decidió darle una última oportunidad solo por mantener la esperanza. Permitió que la guiara del brazo con el resto del grupo sin protestar.

Escuchó otras puertas de coche cerrarse. Rhett la detuvo cerca del ruido y la mantuvo a su lado.

—Ahí vienen —dijo Deane. Sonaba un poco tensa.

Efectivamente, varias personas se acercaron a ellos de forma muy poco discreta. Iban charlando y riendo. El grupo de Alice, en cambio, estaba sumido en un rígido silencio. Ella se acercó un poco más a Rhett, asustada, y él no la apartó.

Alguien, probablemente el líder del otro grupo, se acercó. Alice percibió que se había detenido justo delante de ella.

—Buenos días, Deane —saludó, y Alice reconoció a Charles al instante. De hecho, levantó la cabeza de golpe para buscar el origen de su voz. Él empezó a reírse—. Vaya, parece que alguien se acuerda de mí.

—Aquí está la androide —dijo Deane—. En perfectas condiciones.

La mano de Rhett tiró de ella hacia delante hasta que fue

sustituida por otra menos conocida, pero más cálida. Alice trastabilló. Charles la sujetó más fuerte.

—¿Perfectas condiciones? —repitió este—. ¿Lo de amordazarla y atarla era necesario? Es una androide, Deane, no una asesina a sueldo.

—Es para no tener que preocuparnos de que escape.

—¿Y no te importa que se ahogue? Rebajaría bastante su precio.

Alice, que hasta ese momento había sentido que no le llegaba suficiente aire a los pulmones, pudo volver a respirar de nuevo cuando Charles la soltó para retirar la mordaza. Tomó una profunda bocanada de aire, intentando aliviar la presión en el pecho, y poco a poco fue recuperando el aliento otra vez.

—Quiero mi recompensa —Deane rompió el silencio que se había formado.

—¿Tu recompensa? Quien la va a llevar a la capital seré yo, no tú.

—Pero yo te la he entregado.

Charles, que había vuelto a sujetarla del brazo, repique-teó un dedo sobre este como si lo estuviera considerando.

—Aunque quisiera dártela, querida Deane, no la tendré hasta que entregue a la chica.

—No es una chica —puntualizó Kenneth.

—¿Ah, no? —La voz de Charles sonó socarrona—. Y ¿qué es?

—Es... una máquina.

—Y tú no eres un genio, eso está claro.

—Silencio —le siseó Deane a su alumno antes de volver a centrarse en Charles—. Es su primera salida. —Fue toda su justificación.

—Menudo equipo tienes. Un novato, Caracortada y tú, que ni siquiera necesitas apodo para ser un chiste.

—¿Tenemos un trato o no? —interrumpió ella claramente molesta.

—Supongo que sí.

—Esperaré noticias tuyas.

Alice no fue del todo consciente de la situación hasta que Charles la metió en su coche y cerró la puerta. Hasta ese momento, había estado esperando que Rhett hiciera algo para salvarla, lo que fuera, pero al parecer se había marchado con los demás.

Ni siquiera estaba segura de cómo debía sentirse cuando Charles, que acababa de sentarse a su lado, soltó un suspiro y empezó a retirarle la venda de los ojos.

—Vamos —le dijo al conductor mientras tanto—. Solo quiero llegar a casita y tirarme sobre la cama para no hacer absolutamente nada de provecho en lo que queda de día.

Quienes fueran que iban en los asientos delanteros empezaron a reírse, pero obedecieron la orden y encendieron el motor del coche. Ya en movimiento, Charles por fin le quitó a Alice la venda de los ojos.

—Mejor, ¿eh?

Ella miró a su alrededor. Todavía estaba mareada por el líquido azul.

—¿Dónde...?

—Pronto llegaremos al campamento de caravanas.

Esa no era la respuesta que buscaba, y ambos lo sabían. Alice supuso que no iba a darle otra, así que se limitó a observar a las dos personas que iban delante. La que conducía era una chica no mucho mayor que ella con el pelo oscuro y rapado por los lados. El copiloto era un tipo de unos treinta años que canturreaba una canción que sonaba por los altavoces.

Y luego estaba Charles, que la miraba con una expresión despreocupada. Seguía teniendo esa belleza extraña y mag-

nética característica de los androides. Cabello castaño por los hombros, no demasiado peinado, mandíbula marcada y cubierta por una barba de unos pocos días, ojos claros, de un tono castaño rozando el dorado, y una media sonrisa encantadora. Vestía la misma gabardina marrón que llevaba en su último encuentro.

—¿Todavía estás mareada por el líquido azul? —preguntó.

Alice tuvo que carraspear antes de poder hablar. Notaba la garganta muy seca.

—¿Sabes lo que es? —consiguió pronunciar.

—Si lo que quieres es una explicación técnica, has llamado a la puerta equivocada. Lo único que sé es que lo llaman sedante azul y que es lo único capaz de dormir a un androide. No sé de dónde ha salido, pero empezó a circular hace unos meses. Me pregunto cómo habrá llegado a manos de Deane.

Le guiñó un ojo, divertido, como si estuviera insinuando algo más. Pero Alice no estaba por la labor de ponerse a analizar nada.

—¿Vas a llevarme a la capital?

—Cuando lleguemos, puedes preguntarme lo que quieras. —Él sacó algo del bolsillo de la gabardina. Un cigarrillo hecho a mano, como en su sueño. Lo encendió con una cerilla y le dio una larga calada—. Mientras tanto, disfruta del paisaje.

Lo cierto es que lo intentó, pero el mareo perduraba e hizo que cabeceara durante todo el trayecto. Para cuando llegaron al campamento, no estaba muy segura de si se había quedado realmente dormida en algún momento. Él la ayudó a bajar del coche y, tirando de ella por las esposas, recorrió el lugar. Era una pequeña explanada con cinco caravanas colocadas en círculo, de modo que formaban una especie de es-

cudo para todos aquellos que había junto a la hoguera que estaban preparando en su centro. Los compañeros de Charles vestían ropa de todo tipo y color, reían de manera escandalosa y la mayoría también fumaba. Lo que más llamaba la atención eran sus peinados. Algunos iban rapados a medias, otros tenían mechones de colores llamativos y otros, recogidos extraños. Alice los observó con cierta fascinación mientras se acercaba.

Charles no se detuvo hasta llegar a una de las caravanas que formaban el círculo. A diferencia de las demás, el blanco original había sido sustituido por una demencial capa de distintos colores que no seguían ningún tipo de patrón. Parecía que, simplemente, alguien hubiera decidido lanzar varios cubos de pintura de manera totalmente aleatoria.

—¿Te gusta? —preguntó él al notar que Alice examinaba la caravana.

Ella torció un poco el gesto, lo que le provocó al chico una risotada.

—Si se te ocurre alguna idea de decoración, soy todo oídos.

Sin añadir más, abrió la puertecita de la caravana e hizo un gesto en su dirección. Alice, tras dudar un instante, decidió obedecer y entrar.

Quizá por fuera no pareciera gran cosa, pero por dentro era bastante amplia. El suelo era rojizo, las paredes y el techo abovedado, blancos. En la parte delantera estaban los mandos de conducción; tras esa zona, un sofá y una mesa castaños y una diminuta cocina con lo que parecía un pequeño televisor.

—¿Te gustan las antigüedades? —preguntó ella, señalándolo.

Charles, que acababa de entrar, hizo una mueca.

—No. Nos lo dieron en un intercambio y me lo quedé. Nadie más lo quería.

Alice continuó con su inspección y, aparte de una puerta que conduciría al cuarto de baño y dos ventanucos no mucho más grandes que su mano, solo había una cama doble con viejas sábanas a rayas moradas y amarillas. No cabía duda de que a Charles le gustaba rodearse de colores muy vivos.

—Ah, sí. —El chico rebuscó en su bolsillo antes de sacar una pequeña llave plateada—. Supongo que prefieres que las quite, ¿no?

Alice asintió al instante y le ofreció las muñecas. Volvía a tener las mismas marcas rojas que antes. Se las acarició apretando los labios.

Charles, mientras tanto, había lanzado las esposas a la cama y se había quitado la gabardina para dejarla sobre el respaldo del sofá. Debajo solo llevaba una camiseta azul fina y ajustada cuyas mangas le llegaban hasta los codos y le marcaban unos hombros y brazos torneados. Abrió la nevera, canturreó una melodía y, tras unos segundos, sacó lo que parecía un dulce.

Como ella no se había movido, tras el primer mordisco le ofreció el resto.

—¿Tienes hambre?

—Si como algo, lo vomitaré.

—Ah. ¿Y vas a quedarte ahí de pie toda la noche? Se te va a hacer eterna. Mejor ponte cómoda. Como si estuvieras en tu casa.

—No quiero ponerme cómoda. —La lucidez empezaba a regresar a la mente de Alice, que se pasó ambas manos por la cara—. Quiero saber qué está pasando.

Charles la miró unos instantes, como si la respuesta fuera más que obvia.

—Te han vendido, querida.

Alice hablaba más de veinticinco idiomas, y podía defen-

derse bastante bien en todos ellos. Ni siquiera ella conocía el número de palabras que era capaz de pronunciar. Y, sin embargo, tras esa afirmación, lo único que encontró dentro de su extenso catálogo fue un simple:

—¿Eh?

—Ciudad Capital les dio varias oportunidades de entregarte y negaron saber nada de ti, así que si te vendieran directamente ellos, los mandamases creerían que te habían estado encubriendo hasta ahora. Por eso me han elegido como intermediario. Te llevo yo sin levantar sospechas y acto seguido me reparto la recompensa con los de tu antigua ciudad. ¡Y todos contentos!

Prácticamente estaba diciendo que su sentencia de muerte era un hecho, pero no parecía muy preocupado.

—Y ¿piensas hacerlo? —preguntó ella—. ¿Me entregarás?

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—Podrías dejarme marchar.

—¿Para enemistarme con todo el mundo y, además, quedarme sin recompensa? Vas a tener que endulzar esa oferta, querida.

Alice no pudo evitar sentirse traicionada.

—¡Ellos fueron quienes invadieron nuestra zona, Charles!

—Esa no es mi zona.

—Eres 49. Eres un androide. Es tu zona, te guste o no.

Como Charles no ofreció ningún tipo de respuesta, volvió a mirarse a sí misma. No estaba atada y Charles no se había molestado en cerrar la puerta de la caravana.

—¿No te preocupa que salga corriendo? ¿O que haya visto dónde vives?

—Ya te he dicho que mañana te entregaré. Probablemente este sea el último sitio donde duermas en tu vida.

—No has contestado a la primera pregunta.

—No, no me preocupa. Seamos honestos..., ¿adónde irías?

Alice se dejó caer sobre el sofá sin darse cuenta. Apoyó las manos en las rodillas, tratando de pensar, pero no se le ocurría ninguna respuesta. En su ciudad no era bienvenida, su antigua zona estaba devastada y, si huía, tarde o temprano moriría o la atraparían.

—Podría hacerlo —insistió, más para sí misma que para él—. Podría sobrevivir por mi cuenta durante un tiempo, hasta que las cosas se calmasen un poco. Y luego volver a casa...

—¿A casa? ¿Con tus amigos? ¿Con el de la cicatriz?

Alice tensó los hombros sin ser consciente.

—No hables de Rhett.

—Mira..., siento ser yo quien te lo diga, pero te ha entregado. Lo mejor es que te olvides de él. Los humanos no desarrollan sentimientos muy fuertes por los de nuestra especie, eso es un hecho.

—¡Tú qué sabes! Él no es...

—No es como los demás, ¿verdad? —Charles suspiró—. Sí, yo solía pensar como tú. Hasta que pasé un tiempo con humanos y me percaté de que, en cierta forma, todos son iguales.

—Tú no sabes nada.

Charles volvió a abrir la nevera, aunque en esa ocasión sacó una botella a la que habían arrancado la etiqueta y que contenía un líquido anaranjado. Dejó dos vasos pequeños en el centro de la mesa y los rellenó.

—Toma. Es tu última noche, pero nadie ha dicho que tenga que ser aburrida.

—¿Qué es eso? ¿Un psicotrópico?

Charles tuvo que parpadear varias veces al escuchar esa última palabra.

—Un... ¿qué?

—Droga. Alcohol. Ya me dijeron que los de las caravanas tomáis sustancias de este tipo.

—Eso te dijeron, ¿eh? —La idea pareció divertirlo—. Sí, es alcohol. Tú eliges si quieres probarlo o no. —Charles se bebió su copa sin siquiera parpadear y siguió hablando—. Como decía, no te lo tomes como algo personal. Si te han abandonado, es porque está en su naturaleza. Es normal que les resulte complicado confiar en algo que apenas conocen.

—Quizá Rhett no supiera lo que hacía.

—Oh, lo sabía de sobra. No es el primer androide que me entrega.

Por algún motivo, eso le dolió más que el resto de la conversación. No podía imaginarse a Rhett vendiendo a uno de los suyos. Con ella siempre había sido tan... abierto de mente. Tan comprensivo. ¿Esa misma persona había vendido androides a sabiendas de lo que les hacían cuando llegaban a la capital? Imposible.

Sin embargo, la había entregado. Por mucho que intentara buscar excusas, justificaciones o posibles significados ocultos, lo había hecho. Y, por si fuera poco, había tenido varias oportunidades de hacerle saber que estaba de su parte, pero no las había aprovechado.

A medida que iba asumiendo la realidad, los sentimientos de tristeza y humillación iban haciéndose cada vez más fuertes. Pero, por encima de todos ellos, pese a que había creído que predominaría la rabia, solo había decepción. De alguna forma, había confiado en él. Y también en los demás. ¿Tina también habría estado de acuerdo con entregarla? ¿Y Jake y Trisha? Recordaba haberse burlado unas cuantas veces del concepto «romper el corazón». Lo había visto en varias de las películas de Rhett. En ese momento, pensó que por fin podía hacerse una idea de por qué lo describían de esa forma.

—Ojalá me hubieran matado esa noche —deseó en voz baja.

Charles la miró, sorprendido, pero ella no añadió nada.

Si no hubiera escapado, tanto ella como 42 habrían permanecido en la habitación junto con las demás. Habrían muerto, sí, pero su compañera no habría sufrido tanto. Alice nunca habría ido a Ciudad Central, los de la capital no la habrían atacado y todos los que habían fallecido en el asalto seguirían vivos. Si se hubiese quedado en la cama aquella noche, si no hubiera tenido problemas para dormir y no hubiese oído nada... Cerró los ojos con fuerza, deseando poder regresar al pasado y cambiar todas y cada una de sus decisiones, pero era imposible.

—Lamento tener que ser yo quien te abra los ojos —se disculpó Charles—. Después de todo, no me caes mal.

—Apenas sabes nada de mí —dijo ella en voz baja.

—Los dos somos androides lo suficientemente idiotas como para relacionarnos con humanos. Yo diría que ya tenemos bastante en común.

Alice alcanzó el vasito que le había ofrecido y, tras dudarlo un instante, se lo acercó a los labios. Despedía un aroma muy particular y fuerte, era bastante desagradable. Con una mueca de desagrado, lo dejó otra vez en la mesa.

—¿Puedo salir de aquí? —preguntó directamente.

Lo cierto era que esperaba un no rotundo, pero Charles la acompañó al exterior sin mediar palabra. Había anochecido y la hoguera que antes había visto que encendían ahora iluminaba toda la circunferencia que formaban las caravanas. La gente iba de un lado para otro tranquilamente, transportando platos de comida y botellas de algo que no parecía agua, sino más bien el alcohol que Charles le había ofrecido. Un pequeño grupo, en esos momentos, arrastraba un tronco grueso para colocarlo junto a la hoguera y sentarse en él. Ya había otros dos allí.

—¿Quieres unirte a ellos? —preguntó Charles.

—¿No les extrañará la compañía de una prisionera?

—Aquí no somos tan remilgados como en las ciudades —le aseguró divertido, adelantándose—. Vamos.

En cuanto vieron aparecer a Charles, sus compañeros se apartaron para dejarles sitio a ambos. No parecieron extrañados de verla. La chica que estaba repartiendo la comida le echó una ojeada mientras ofrecía un plato a Charles. Tenía la piel oscura, el pelo rapado por un lado de la cabeza y las puntas de varios mechones de color rosa. Pero lo que más llamó la atención de Alice y le provocó un cosquilleo en el estómago, sin embargo, fue que llevara unos mitones negros casi idénticos a los que usaba Rhett.

—¿Te gustan los huevos revueltos? —le preguntó la chica con voz monótona, como si estuviera aburrida.

Alice, pese a que no sabía muy bien qué eran, asintió con la cabeza. Sabía qué era un huevo y también una gallina, pero no recordaba haber consumido ninguna de las dos cosas en su vida. En cuanto le dieron tenedor y plato, comprobó que se trataba de una masa amarillenta y cremosa acompañada de lo que parecía carne seca y un trozo de pan duro. Mientras Alice lo analizaba todo meticulosamente, Charles, a su lado, comía como si no lo hubiera hecho en años.

—Entonces... —comenzó a hablar el chico que estaba sentado a su otro lado, un muchacho quizá un poco más joven que ella y sumamente delgado—. ¿Eres un androide de esos?

—Un *androide de esos*. —Charles se echó a reír.

—Sí —se limitó a decir Alice, dándole un pequeño mordisco al pan duro.

No se había dado cuenta hasta ese momento, pero lo cierto era que estaba hambrienta.

—¿Por qué nos avisaron de que tuviéramos cuidado con ella? —preguntó la chica, que seguía repartiendo comida. Soltó un resoplido despectivo—. Solo es una niña flacucha.

Eso ofendió un poco más de lo debido a Alice. ¡No era una niña!

—¿En serio? —Charles agitó el tenedor—. De eso nada. Tú no la has visto disparar.

—¿Y tú sí?

La verdad es que Alice también acababa de preguntarse eso. ¿Cómo sabía Charles que disparaba bien si no la había visto nunca?

—Claro que no, pero los rumores se extienden como la pólvora. La ascendieron de novatos a avanzados. ¿Cuánta gente puede decir eso?

Aquello sí pareció impresionarlos; al mirarla, ahora sus ojos mostraban respeto. Ella siguió comiendo en silencio. Los huevos revueltos resultaron ser deliciosos.

—Los de las ciudades son unos blandos —opinó un chico sentado en otro de los troncos—. No puedes fiarte de su criterio.

Varias personas estuvieron de acuerdo. ¿Blandos? Por el contexto, Alice lo atribuyó a debilidad, y enseguida le vino la imagen de los científicos: ¿cómo los calificarían a ellos?

—Sí —estuvo de acuerdo la chica de los mechones rosas. Fijó la vista en Alice y añadió—: A mí me sigue pareciendo poca cosa.

No pudo determinar si era porque parecía estar burlándose de ella, porque ya le quedaba poco que perder o porque, simplemente, necesitaba descargar su rabia contra alguien, pero Alice no pudo callarse.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Yín. ¿Y tú? ¿Cuál es tu numerito?

—Mi nombre es Alice. —No le permitió seguir hablando antes de proseguir—. ¿Se te dan bien las armas, Yín?

—Soy la mejor de aquí. Si no te lo crees, pregúntale a cualquiera.

Charles, como si se hubiera sentido identificado con ese término, asintió para darle la razón.

—Pues yo era de las mejores de mi ciudad.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Me estás retando?

Quienes las rodeaban empezaron a aplaudir, lo que hizo que Alice perdiese algo de fuerza de voluntad. Yin, en cambio, esbozó una gran sonrisa y empezó a animarlos.

—¡El robotito quiere apostar conmigo!

—¿Apostar el qué? —preguntó Alice un poco perdida.

—Cuando retas a alguien, ambos tenéis que poner algo en juego —le explicó el chico flacucho—. Quien gana se lleva ambas cosas.

—Supongo que mi apuesta no puede ser mi libertad, ¿no? Charles empezó a reírse.

—Ya te gustaría...

Yin se dio la vuelta en ese momento y examinó a Alice de arriba abajo hasta detenerse en sus pies. Pareció considerarlo unos instantes antes de decidirse.

—Quiero tus botas —declaró.

—¿No puedo elegir yo lo que me juego?

—No. Tú escoges lo que apuesto yo, robotito.

Miró sus botas, dubitativa. Eran buenas. Y habían sido de las primeras cosas que había recibido en la ciudad, casi como un símbolo del inicio de su nueva vida. No quería separarse de ellas. Pero, a la vez, no iba a echarse atrás y ser el motivo de burla del campamento. Ni aunque fuera a permanecer allí solamente unas pocas horas.

—Vale —aceptó Alice finalmente, señalándola—. Yo quiero tus guantes.

Yin pareció algo contrariada. Levantó su mano, enseñándolos, y la gente pareció tan extrañada como ella.

—¿Unos mitones? —preguntó Charles—. Puedes elegir lo que quieras. Incluso su arma.

—Quiero esos guantes.

—Como prefieras. —Yin no le dio más vueltas—. Vayamos directas a lo interesante, ¿no?

Apartaron uno de los troncos para colocar varias cajas y barriles de madera, con botellas de cristal vacías sobre ellos. Algunas estaban en posiciones elevadas, otras prácticamente en el suelo y unas pocas tumbadas de forma que fuera más difícil acertar. La gente había hecho un corrillo para despejar la zona. Alice y Yin se colocaron, alineadas, a unos metros del obstáculo. A ambas se les entregó un revólver con cinco balas, así que esos eran los intentos de los que dispondrían. Quien alcanzara más botellas, ganaba. No era muy complicado.

—Todavía estás a tiempo de echarte atrás y conservar esas preciosas botas —le recordó Yin mientras colocaba los pies sobre la línea.

Alice no respondió. Estaba muy ocupada canalizando todas sus frustraciones en aquellas botellas. Eso la ayudaría a afinar su puntería.

—¿Preparadas, señoritas? —preguntó Charles tras ellas.

—Da ya la orden —rugió Yin impaciente.

—Madre mía, qué carácter. —Sin más preámbulos, Charles levantó una mano y volvió a bajarla a toda velocidad—. ¡Cuando queráis!

Alice no reaccionó a tiempo y Yin disparó a la primera botella, la que estaba más cerca. El sonido hizo que diera un brinco y, entonces, su cuerpo empezó a funcionar de forma automática. Sujetó bien el arma, buscó con la mirada, y apretó el gatillo. Una botella relativamente fácil estalló con la bala.

—¡Uno a uno! —gritó alguien.

Lo cierto era que Alice no recordaba que tenían público. Estaba muy concentrada, y solo miraba fijamente las bote-

llas, deseando vaciar el cargador en ellas. Las manos le temblaban con una rabia que parecía guiarla.

Descerrajó otro tiro. No se detuvo para comprobar si había acertado; buscó otro objetivo. Y otro. Y otro. Y otro más. Volvió a apretar el gatillo, pero un ligero clic le indicó que se había quedado sin balas. Lo intentó dos veces más, furiosa, hasta que se dio cuenta de que todo el mundo se había quedado en silencio. Parpadeó, volviendo a la realidad, y por fin fue consciente de lo que había pasado.

Había disparado a las cinco botellas sin detenerse. Yin, sorprendida, había sido incapaz de agotar sus balas.

—¡Ha ganado el robotito! —gritó alguien entonces.

Alice trató de darse la vuelta, pero solo pudo soltar un grito cuando otra persona se acercó y la agarró de las rodillas para levantarla en el aire. Lejos de compartir sus risas y sus vítores, empezó a chillar para que la bajaran. Sin embargo, los habitantes de las caravanas se la pasaban de brazos en brazos, sentándola en varios hombros y lanzándola al aire. Llegó a creer que les vomitaría encima, pero por suerte consiguió, de algún modo, aterrizar en el suelo de nuevo. En el cómodo y seguro suelo.

Y, en medio del caos, Yin se le acercó con los dientes apretados y le lanzó los mitones a la cara. Alice esbozó una gran sonrisa, que se ensanchó incluso más cuando se los hubo puesto.

La apuesta fue la casilla de salida de los duelos esa noche, y Alice empezó también a celebrar las victorias de los siguientes participantes. Incluso se animó a levantarlos por los aires, aunque no tuviera mucha fuerza. Sin percatarse, terminó olvidándose de Rhett, de su antigua ciudad y de lo que le sucedería al día siguiente. No. Esa noche no se sentía como una prisionera, sino como un miembro más de aquella extraña familia.

Ya habían pasado varias horas cuando Alice entró en la caravana de Charles, que se había retirado antes. Lo encontró leyendo unos papeles. Pareció divertido cuando ella se tumbó en el suelo y se quedó allí, abrazada a una botella de alcohol.

—¿Al final lo has probado? —preguntó.

—Sí, pero ni siquiera recuerdo cuándo. Ni cómo... —Soltó una risita floja—. Creo que nunca me lo había pasado tan bien.

—Ya te dije que si algún día me visitabas te divertirías.

Ella empezó a reírse con ganas, dejando la botella a un lado y estirando los brazos y las piernas. Parecía una estrella de mar.

—Deberías dormir —sugirió Charles entonces—. Mañana es tu gran día.

—¿Mi gran día? No tienes ni idea de lo que les hacen a los androides defectuosos como nosotros, ¿verdad?

Charles la miró, curioso.

—¿Lo sabes tú?

—A ti solo te expulsaron de la zona. Te cortaron la mano, sí, pero eso no es nada.

—¿Ah, no? Vaya, y ¿qué le van a hacer a una pobre androide como tú que sea peor que perder una mano?

—En el mejor de los casos, me dispararán en el estómago y todo terminará rápido. Sin dolor y sin sufrimiento. En el peor... me desconectarán para ver qué errores ha tenido mi núcleo. Y me lo arrebatarán todo. Mis recuerdos, mis habilidades, mis emociones, mis... sentimientos. Todo.

—¿Y eso te parece peor que quedarte manco?

Alice volvió lentamente la cabeza hacia él, ofendida.

—Sí, mucho peor.

—¿Por qué?

—Porque ¿qué te queda si te lo arrebatan todo?

—La vida.

—¿Y de qué sirve vivir sin emociones, sin recuerdos y sin sentimientos? ¿Realmente estás viviendo o solo eres un recipiente vacío?

—Vaya, ¿quieres que nos pongamos filosóficos? Porque para continuar con esta conversación voy a necesitar emborracharme.

Alice, para su propia sorpresa, soltó una risa totalmente sincera y clavó la mirada otra vez en el techo.

—Eso que te he dicho... es lo que solía repetir mi padre. Que lo que diferencia a los humanos de los androides es que ellos tienen sentimientos, recuerdos y emociones, y nosotros no. Pero ahora me aterra perder mi identidad, y se supone que un androide no debería sentir miedo... Cada vez estoy menos segura de cuál es la diferencia entre ellos y nosotros.

Dejó pasar unos segundos de silencio en los que el alcohol siguió haciéndole efecto. Se preguntó cómo se sentiría al día siguiente, si es que se iba a sentir de alguna forma. Esa noche, tirada en el suelo, riendo, borracha, podía ser quien quisiera; pero por la mañana, cuando saliera por aquella puerta, volvería a tener que enfrentarse a la realidad.

—No dormiré —resolvió entonces—. Quiero disfrutar de mis recuerdos durante unas horas más.

—Haz lo que te plazca, pero no te alejes de las caravanas. Te aseguro que no quieres cruzarte con los salvajes tú sola.

—No te preocupes. —Alice sonrió amargamente—. No tengo ningún lugar al que ir.

Ni tampoco nada que perder.